Comentarios de un oficial de la marina francesa al monumento a Colón

Muy cerca del estanque que recibe
los desagües, poblado de aligátores
que limpian los detritus de miles de habitantes
–nadie molesta a tales monstruos
en ese desempeño de tan útil función–
se alza, sin pedestal
todavía, un magnífico
grupo escultórico que representa a América
y a Cristóbal Colón, suntuoso regalo
de la Ex-Emperatriz Eugenia. Erguido
y al mismo tiempo tierno,
Colón abraza, protector, a una
mujer pequeña totalmente
desnuda, temerosa pero bella:
tan bella que nos hace
pensar –más que en las indias
desharrapadas y de líneas bastas–
en una de esas finas
encantadoras parisienses vestidas de capricho.

Aníbal Núñez, *Obra poética I*, p.138-139

M. A. Reclus, Oficial de la marina francesa, *Exploraciones á los Istmos de Panamá y de Darien en 1876, 1877 y 1878,* p. 9

Casi al mismo borde de estos estanques, y sobre el terraplen de ferro-carril, se levanta, aunque sin pedestal todavía, un magnífico grupo de bronce representando á Cristóbal Colon y á América, suntuoso regalo de la ex-emperatriz Eugenia á un antiguo presidente de los Estados Unidos de Colombia, el general Mosquera, que, según se dice, era pariente lejano de la ilustre familia de Montijo. Colon, de pié, erguido y fiero, protege abrazándola con su mano derecha, á una mujer pequeña, completamente desnuda, temerosa y encorvada, pero muy bella, tan bella que hace pensar, más que en una india desharrapada, basta y de líneas deshechas, en una de esas encantadoras parisienses, vestidas de capricho.

EXPLORACIONES Á LOS ISTMOS DE PANAMA Y DE DARIEN

EN 1876, 1877 Y 1878

POR M. A. RECLUS

Oficial de la marina francesa.

ADMINISTRACION

FUENCARRAL, 20, BAJO, MADRID

tanos que los rodean. Los canales, por medio de los que están unidos al Atlántico, facilitan el paso á gran número de aligatores, una de las especies de la familia de los cocodrilos, los cuales limpian los fondos de todos los detritus que los habitantes arrojan, razon por la cual nadie los molesta en el desempeño de tan útiles funciones; pero por desgracia la permanencia de estos monstruos allí donde tanto sirven, es corta y poco frecuente.

Casi al mismo borde de estos estanques, y sobre el terraplen del ferro-carril, se levanta, aunque sin pedestal todavía, un magnífico grupo de bronce representando á Cristóbal Colon y á América, suntuoso regalo de la ex-emperatriz Eugenia á un antiguo presidente de los Estados-Unidos de Colombia, el general Mosquera, que, segun se dice, era pariente lejano de la ilustre familia de Montijo. Colon, de pié, erguido y fiero, protege, abrazándola con su mano derecha, á una mujer pequeña, completamente desnuda, temerosa y encorvada, pero muy bella, tan bella, que hace pensar, más que en una india desharrapada, basta y de líneas deshechas, en una de esas encantadoras parisienses, vestidas de capricho. No puede reprochársele á su ilustre patron un adorno escaso; parece que se le ve fatigado por el peso de los ropajes que le caen hasta las rodillas. Este grupo es, por lo demas, la única obra de arte que puede verse en todo el territorio que ocupa el istmo de Panamá.

La ciudad de Colon tiene ademas la gloria de poseer una columna levantada en honor de los señores Aspinwall, Chauncey y Stephens, de la que lo mejor que puede hacerse es guardar silencio. Es una iglesia gótica de estilo ingles, acomodado á la americana. Por miserable que sea, este edificio, construído con pórfido rojo oscuro, llama grandemente la atencion al lado de las casas de madera que se extienden á su al rededor; pertenece á la compañía del ferro-carril, que es por su parte la que sostiene las atenciones del culto y la dotacion del pastor, y será suficiente para contener hasta 300 personas.

La agricultura es desconocida de todo punto allí; con gran trabajo se ha conseguido hacer arraigar algunos cocoteros cerca del edificio que ocupan la estacion, la iglesia y el faro; dentro de la ciudad, y casi en el resto del islote, no se encuentran árboles, por lo que en pleno pantano el esqueleto de un inmenso paletuvio sirve de percha á algunos gallinazos que se dignan ocuparse de la limpieza. La compañía del ferro-carril se ha visto obligada á construír una ancha y bella calle para que sus dependientes y empleados puedan hacer su paseo higiénico durante el día; dicha calle se extiende por el circuito de la isla, costeando fangosos pantanos en los que los manglares, que allí apénas exceden de la talla de un arbusto, ocultan en sus raíces hordas de bullientes caimanes.

En el tiempo de la *fiebre del oro* y de la gran emigracion á la California, ántes de la crísis comercial por que la América del Sur viene atravesando desde hace años, y de la conclusion de la gran línea férrea del Pacífico hasta San Francisco, Colon y su camino de hierro tenían muy distinta importancia que hoy día. El movimiento de viajeros era enorme; y aunque entónces, como ahora, aquel lugar, para la mayoría de ellos, no era más que punto de parada por uno ó dos días, la ciudad de Aspinwall fué lugar de reunion de mineros, aventureros, caballeros de industria, sin contar los chinos, los negros de las Antillas y los individuos de todas especies; en una palabra, el pozo donde iba á parar la hez de los dos continentes; llegó á ser el albañal de la raza blanca, de la cobriza y de la negra. Todas las barracas eran á la vez posadas y garitos, y jamas pasaba un día sin batallas, sin robos y sin asesinatos, lo que daba lugar á que la vida pasara en continuas y repugnantes orgías, cuyos excesos daban gran pasto á las fiebres palúdicas, y hacía que la mortalidad fuera grande entre aquellos desgraciados.

Hoy no sucede lo mismo; ningun viajero se detiene seducido por bellezas que no existen; la crápula blanca (permítasenos llamarla así) ha desaparecido; los chinos han partido para otros lugares; la mayor parte de los negros han vuelto á sus Antillas, no quedando, por tanto, en Colon más que los empleados del ferro-carril, los consignatarios de los paquebots, algunos comerciantes al por menor y gente de color, poblacion tranquila y de costumbres tan puras como la de cualquier otra poblacion de América. Muchos han llevado allá sus familias, y la presencia de las mujeres ha sido bienhechora, pues han conseguido que la dignidad se rehaga y con ello renazcan las dulzuras de la vida social y el respeto de sí mismo.

Otra consecuencia inmediata y fácil de prever de este particular progreso es que la fiebre no reina en absoluto, como en otro tiempo sucedía, sinó que sólo ataca á los individuos intemperantes: vicio frecuente en todos los países tropicales y al que con más ó ménos razon se le ha dado por disculpa el ardor del clima. ¡Desgraciado del débil que no puede aguantar la sed! Cae en la embriaguez, y no ha de pasar mucho tiempo sin que se le vea envejecido, canoso, con los ojos hundidos y apagado el brillo de su mirada, el rostro apergaminado, verdoso, y arrastrando un espíritu débil en un cuerpo al que minan las enfermedades.

Despues de dos días pasados en Colon, durante los que estuvimos alojados en el hotel Washington-House, pudimos partir para Panamá, pues las cua-